

CAPITULO XXVII

Salvado, moyuelo y cabezuela

Una noche, Victorino Hulot, al ver que su padre iba á acostarse, le dijo á su madre:

—Vaya, somos felices, hemos vuelto á conquistar á nuestro padre, y si esto dura, ni mi mujer ni yo sentiremos el dinero empleado.

—Vuestro padre va á cumplir pronto setenta años—dijo la baronesa, y he notado que aun piensa en la señora de Marneffe. Pero yo creo que esto durará poco: la pasión de las mujeres no es como el juego, la especulación y la avaricia, sino que tiene un término, tiene un fin.

La hermosa Adelina, pues esta mujer seguía siendo hermosa, á pesar de sus cincuenta años y de sus penas, se engañaba en esto. Los libertinos, esas gentes á quienes la naturaleza ha dotado de la preciosa facultad de amar más allá de los límites naturales, no son nunca viejos. Durante aquel lapso de virtud, el barón había ido tres veces á la calle del Delfín y nunca había tenido setenta años. La pasión reanimada le rejuvenecía, y hubiese entregado á Valeria su honor, su familia, todo su ser, sin pesar alguno. Pero Valeria, completamente cambiada, no le hablaba nunca de dinero ni de los mil doscientos francos de renta para su hijo, sino que, por el contrario, le ofrecía oro y parecía amar á Hulot como ama una mujer de treinta años á un estudiante de derecho pobre, poético y enamorado. ¡Y la infeliz Adelina creía haber conquistado á su marido! La cuarta cita de los dos amantes tuvo lugar á las nueve de la mañana. El día señalado para esta dicha, cuya esperanza hacía aceptar al apasionado anciano la vida de familia, á eso de las ocho de la mañana, Reina fué á llamar al barón, y Hulot, temiendo una catástrofe, deseó hablar á Reina; pero la fiel camarera se negó á ello y se limitó á entregarle la siguiente carta:

«Viejo mío: No vayas á la calle del Delfín, porque nuestra pesadilla está enfermo y yo tengo que cuidarle; pero no dejes de estar esta noche á las nueve. Crevel está en Corbeil, en casa del señor Lebas, y estoy segura de que no llevará nin-

guna princesa á su casita. Yo me he arreglado para tener la noche libre y puedo estar de vuelta antes de que Marneffe se despierte. Contéstame si estás conforme, pues temo que tu elegíaca mujer no te deje en libertad como antes. Eres tú tan libertino y dicen que está ella tan hermosa aún, que te creo capaz de serme infiel. Quema esta carta, porque desconfió de todo.»

Hulot le escribió estas cuatro letras:

«Amor mío: Como te he dicho ya, mi mujer nunca se ha opuesto á mis placeres. ¡Sacrificaría por ti cien Adelinas! Esta noche, á las nueve, estaré en el templo de Crevel, esperando á mi divinidad. ¡Ojalá que el subjefe reviente pronto para que no tengamos que separarnos más! Este es el mayor deseo de tu

HÉCTOR.»

Por la noche, el barón le dijo á su mujer que tenía que ir á trabajar con el ministro á Saint-Cloud y que volvería á las cuatro ó las cinco de la mañana, y se fué á la calle del Delfín. Transcurrían á la sazón los últimos días del mes de junio.

Pocos hombres han sentido realmente en su vida la terrible sensación de ir á la muerte, porque los que se han salvado del patíbulo son contados; pero algunos soñadores han sentido vigorosamente esa agonía en sueños, llegando hasta á notar la cuchilla que se aplica al cuello, en el momento en que el sueño desaparece con los primeros rayos del día... Ahora bien, la sensación que sintió el consejero de estado á eso de las cinco de la mañana, en la elegante cama de Crevel, excedió en mucho á la que se siente creyéndose en el fatal banquillo, en presencia de diez mil espectadores que os miran con sus veinte mil ojos. Valeria dormía en una postura encantadora y estaba hermosa como están hermosas las mujeres que son bastante hermosas para estar hermosas durmiendo. Aquello era el arte invadiendo la naturaleza, era, en fin, el cuadro reducido á realidad. En su posición horizontal, el barón tenía sus ojos á tres pies del suelo, y sus miradas extraviadas como las de todo hombre que se despierta y que procura ordenar sus ideas, se fijaron en la puerta cubierta de flores pintadas por Jan, artista que despreció la gloria. El barón no vió, como el condenado á muerte, veinte mil ojos

que le miraban, sino que vió dos únicamente, cuya mirada era más punzante que los diez mil de la plaza pública. Esta sensación en pleno placer, mucho más rara que la de los condenados á muerte, ciertamente que sería pagada á más buen precio por alguno de esos excéntricos ingleses. El barón, que siguió acostado, sintió bañado su cuerpo por un sudor frío y quiso dudar; pero aquellos ojos asesinos le aterraban, y, por otra parte, se oía detrás de la puerta el murmullo de voces.

—¿Si será Crevel que querrá darme una broma?—se dijo el barón no pudiendo dudar ya de la presencia de alguna persona en el templo.

La puerta se abrió, y la majestuosa ley francesa se presentó bajo la forma de un pequeño comisario de policía acompañado de un alto juez de paz y del señor Marneffe. El comisario de policía, calzado con borceguíes atados con unas cintas, remataba en una cabeza amarilla y escasa de cabellos, que denotaba al socarrón largo y burlón para el que la vida de este París no tiene secretos. Sus ojos, provistos de gafas, perforaban el vidrio de éstas con sus miradas astutas y burlonas. El juez de paz, antiguo procurador, viejo adorador del bello sexo, envidiaba al sorprendido.

—Señor barón, yo le ruego que disimule el rigor de la justicia—le dijo el comisario.—Venimos requeridos por un interesado. El señor juez de paz asiste á la apertura del domicilio, yo ya sé quién es usted y quién es el delincuente.

Valeria abrió desmesuradamente los ojos, lanzó el grito penetrante que las actrices han inventado para denotar la locura en el teatro, se retorció en convulsiones sobre el lecho como una poseída del demonio en la edad media, y empezó á decir:

—¡La muerte! mi querido Héctor, pero la policía nunca.

Y dicho esto dió un salto, pasó como una centella por entre los tres espectadores y fué á ponerse en un rincón escondiendo la cabeza entre las manos.

—¡Perdida! ¡muerta!—gritó ella.

—Caballero—dijo Marneffe á Hulot—si mi mujer se volviese loca, usted sería algo más que un asesino, un criminal. ¿Qué puede hacer, qué puede decir un hombre sorprendido en un lecho que no le pertenece, ni siquiera en calidad de arrendado, y con una mujer que tampoco es suya?

—Señor juez de paz—dijo el barón con dignidad—el

señor comisario de policía se cuidará de guardar á la desgraciada mujer cuya razón parece peligrar, y usted podrá instruir después las diligencias. Las puertas deben estar cerradas, y, dado el estado en que estamos, no pueden ustedes temer una evasión ni por su parte ni por la mía.

Los dos funcionarios accedieron al deseo del Consejero de Estado.

—Ven á hablar conmigo, miserable lacayo—dijo Hulot á Marneffe tomándolo por el brazo y llevándolo á un rincón, —el asesino no sería yo, sino tú. ¿Quieres ser jefe de negociado y oficial de la Legión de honor?

—Eso ante todo, señor director—exclamó Marneffe inclinando la cabeza.

—Lo serás, pero tranquiliza á tu mujer y despide á esos señores.

—¡Cal!—replicó maliciosamente Marneffe.—Estos señores tienen que levantar acta de flagrante delito, porque sin este requisito ¿de qué valdría mi queja? Usted me ha robado á mi mujer y no me hizo jefe de negociado, según me prometió. Señor barón, le doy á usted dos días de tiempo. Aquí tengo cartas...

—¿Cartas?—dijo el barón interrumpiendo á Marneffe.

—Sí, cartas que prueban que el hijo que mi mujer lleva en el seno es de usted. ¿Me comprende? Y usted está obligado á entregarle á mi hijo una renta igual á la que ese bastardo le arrebatará mañana. Como eso no me importa, seré modesto y me contentaré con cien luises de renta. Eso sí, ó mañana mismo seré sucesor del señor Coquet y figuraré en la lista de los propuestos para oficiales con motivo de las fiestas de julio, ó de lo contrario seguiré adelante la demanda.

—¡Dios mío! ¡qué mujer más bonita!—decía el juez de paz al comisario de policía—¡qué pérdida para el mundo si se volviese loca!

—No se vuelva loca, no—respondió en voz baja el comisario de policía.

La policía es siempre la encarnación de la duda.

—El señor barón Hulot ha caído en un lazo—añadió el comisario de policía en voz más alta, para que Valeria le oyese.

Valeria lanzó al comisario una mirada que lo hubiese muerto si las miradas pudiesen comunicar toda la rabia que

expresan. El comisario se sonrió, había tendido también su lazo, y la mujer caía en él. Marneffe invitó á su mujer á que entrase en el cuarto y á que se vistiese decentemente, pues se había entendido en un todo con el barón, el cual tomó una bata de casa y volvió á comparecer ante los funcionarios para decirles:

—Señores, no creo necesario manifestarles cuánto les agradeceré el secreto.

Los dos funcionarios se inclinaron. El comisario de policía dió dos golpecitos á la puerta, y casi en el instante entró su secretario, se sentó ante una mesita, y se puso á escribir lo que su jefe le dictaba en voz baja. Valeria continuaba llorando á lágrima viva. Cuando acabó de vestirse, Hulot entró en el cuarto y se vistió también. Entretanto se levantó el acta. Entonces Marneffe quiso llevarse á su mujer, pero Hulot, creyendo que la vería por última vez, manifestó con un gesto su deseo de hablarle.

—Caballero, esta señora me cuesta bastante cara para que me permita al menos decirle adiós.

Valeria se aproximó al barón, y Hulot le dijo al oído:

—No nos queda más remedio que huir. Pero ¿cómo correspondernos habiendo sido vendidos?

—¡Por Reina!—respondió aquélla.—Pero, amigo mío, yo creo que, después de este escándalo, lo mejor es que no volvamos á vernos. Estoy deshonrada. Por otra parte, te dirán infamias de mí, y tú las creerás.

El barón hizo un signo negativo.

—Sí, las creerás, y yo daré las gracias al Cielo, porque así no me sentirás tanto.

—*No reventaré siendo subjefe*—dijo Marneffe al oído del Consejero de Estado, yendo á tomar á su mujer, á la cual le dijo bruscamente:—Basta, señora, si soy débil con usted, no quiero que los demás me tomen por tonto.

Valeria dejó la casita de Crevel, dirigiendo una última mirada tan maliciosa al barón, que éste se creyó adorado. El Juez de paz dió galantemente la mano á la señora de Marneffe para acompañarla hasta el coche, y el barón, que tenía que firmar el acta, se quedó solo con el comisario de policía, en actitud medio alelada. Cuando el Consejero de Estado hubo firmado, el comisario de policía le miró por encima de las gafas, y le dijo:

—Señor barón, ¿quiere usted mucho á esa señora?

—Por desgracia sí, ya lo ve usted.

—¿Y si ella no le quisiera á usted y le engañase?—repuso el comisario.

—¡Oh! señor, ya lo he sabido aquí, en esta misma casa. El señor Crevel y yo nos lo hemos dicho.

—¡Ah! de modo que sabe usted que está en la casita del señor alcalde.

—Ya lo creo.

El comisario de policía se quitó el sombrero para saludar al anciano, y dijo:

—Está usted muy bien enamorado y me callo, porque yo respeto las pasiones inveteradas, como los médicos las enfermedades crónicas. Yo he visto al banquero señor Nucingen, atacado de una pasión de ese género.

—Es amigo mío—repuso el barón,—yo cené muchas veces con la hermosa Esther, que valía los dos millones que le ha costado.

—Más—dijo el comisario.—Aquel capricho del viejo banquero costó la vida á cuatro personas. ¡Oh! esas pasiones son como el cólera.

—¿Qué tenía usted que decirme?—preguntó el consejero de estado, que no tomó á bien este consejo indirecto.

—¿Por qué he de quitarle las ilusiones?—replicó el comisario de policía.—¡Es tan raro conservarlas á su edad!

—¡Libreme usted de ellas, quítemelas!—exclamó el consejero de estado.

—No, porque después se maldice al médico—respondió el comisario sonriendo.

—¡Por favor! señor comisario.

—Pues bien, esa mujer estaba de acuerdo con su marido.

—¡Oh!

—Esto ocurre, de cada diez veces, dos, y nosotros lo conocemos.

—¿Qué prueba tiene usted de esa complicidad?

—¡Oh! en primer lugar el marido—dijo el comisario de policía con la calma del cirujano acostumbrado á sondear heridas.—La especulación está escrita en su cara vulgar y atroz. Pero no debía usted apreciar gran cosa cierta carta que le escribió esa mujer, en la que le hablaba del niño.

—Estimo en tanto esa carta, que la llevo siempre encima—le respondió Hulot al comisario de policía, metiéndose la

mano en el bolsillo del costado para sacar la cartera que llevaba siempre consigo.

—Deje usted la cartera donde está—dijo el comisario,—aquí tiene usted la carta. Ahora ya sé lo que deseaba saber. La señora Marneffe debía estar en el secreto de lo que contenía esa cartera.

—Ella sola en el mundo.

—Es lo que me figuraba. Ahora, he aquí la prueba de lo que usted me pide, de la complicidad de esa mujerzuela.

—Veamos—dijo el barón sin querer dar fe aún á lo que sus ojos veían.

—Señor barón, cuando hemos llegado—repuso el comisario,—ese miserable Marneffe entró delante y tomó esta carta, que su mujer habrá colocado sin duda sobre este mueble—dijo señalando la mesita.—Evidentemente, ese lugar había sido convenido entre la mujer y el marido para el caso que ella pudiera cogerla mientras usted dormía, pues la carta que esa dama le ha escrito, en unión de las que usted le ha dirigido, son decisivas en el proceso.

El comisario enseñó á Hulot la carta que el barón había recibido por Reina en su despacho.

—Forma parte del proceso y le ruego que me la devuelva, caballero—dijo el comisario.

—Está bien, señor—dijo el barón, cuya cara se descompuso.—Esa mujer es el libertinaje en persona, y ahora estoy seguro de que tiene tres amantes.

—Es claro—dijo el comisario de policía.—¡Ah! no se crea usted que lo dejan ver todo. Señor barón, cuando se hace ese oficio, se trabaja en todas partes: en el coche, en los salones, en casa. La señorita Esther, de quien hablaba usted hace un momento, devoró millones antes de envenenarse. Señor barón, si quiere usted creerme, abandone esta clase de partidas, porque esta última le costará á usted cara. Ese sinvergüenza de marido tiene la ley de su parte, y á no ser por mí, esa mujerzuela aun no se hubiera contentado.

—Gracias, señor—dijo el Consejero de Estado procurando guardar una actitud digna.

—Caballero, vamos á cerrar la casa, la farsa está representada y ya se encargará usted de entregarle la llave al señor alcalde.

Hulot volvió á su casa sumamente abatido y embargado por los pensamientos más sombríos, y despertando á su no-

ble, pura y santa mujer, le contó la historia de aquellos tres años, sollozando como un niño á quien se le quita un juguete. Esta confesión de un anciano, joven aun de corazón, y aquella horrible y nunca oída epopeya, al mismo tiempo que enterneció á Adelina, le causó un vivo goce, y dió gracias al cielo creyendo que aquel golpe dejaría para siempre á su marido en el seno de la familia.

—Isabel tenía razón—dijo la señora Hulot con voz dulce, sin hacerle inútiles reconvenciones.—Ella nos había advertido ya eso.

—Sí. ¡Ah! si yo la hubiese escuchado, en lugar de encolerizarme aquel día que yo deseaba que la pobre Hortensia volviese á su hogar para no comprometer la reputación de esa... ¡Oh! Adelina querida, es preciso salvar á Wenceslao, que está metido en el fango hasta el cuello.

—¡Pobre amigo mío! la provinciana no te ha dado mejor resultado que las actrices—dijo Adelina sonriendo.

La baronesa estaba asustada del cambio que se había operado en su Héctor, y cuando le veía desgraciado, apenado, encorvado bajo el peso de las penas, la esposa era todo corazón, todo piedad y todo amor, y hubiese dado toda su sangre por hacer feliz á Hulot.

—Quédate con nosotros, mi querido Héctor, dime cómo hacen esas mujeres para que les tengas tanto apego. Yo procuraré imitarlas. ¿Por qué no me has formado á tu gusto? ¿Es por falta de inteligencia? porque por lo demás, veo que aun me consideran suficientemente hermosa para hacerme la corte.

Muchas mujeres casadas adictas á sus deberes y á sus maridos, se preguntarán ahora tal vez por qué esos hombres tan fuertes, tan buenos y tan sumisos con las señoras Marneffe, no toman á sus mujeres por objeto de sus caprichos y de sus pasiones, sobre todo cuando se parecen á la baronesa Adelina Hulot. Esto forma parte de los profundos misterios de la organización humana: El amor, ese inmenso desarreglo de la razón, ese viril y severo placer de las grandes almas, y el placer, esa vulgaridad que se compra y se vende, son dos fases diferentes de un mismo hecho. La mujer que satisface estos dos vastos apetitos de las dos naturalezas, es tan rara en el sexo, como lo es en una nación, un gran general, un gran escritor, un gran artista, un gran inventor. Lo mismo el hombre de talento que el imbécil, el Hulot que el Crevel,

sienten la necesidad del ideal y del placer, y todos van buscando á ese misterioso andrógino, á esa rareza que la mayor parte del tiempo parece ser una obra en dos volúmenes. Esta investigación es una depravación debida á la sociedad. Ciertamente que el matrimonio debe ser aceptado como una labor penosa, pues es la vida con sus trabajos y sus duros sacrificios. Los libertinos, esos buscadores de tesoros, son tan culpables como otros malhechores que suelen recibir más severo castigo. Esta reflexión no es un embutido de moral, sino que está hecha para explicar muchas desgracias incomprensibles. Por otra parte, el relato de esta escena implica moralidades de muy diverso género.

El barón se fué inmediatamente á casa del mariscal príncipe de Wissembourg, cuya elevada protección era su último recurso. Protegido hacía treinta y cinco años por el anciano guerrero, tenía entrada á todas horas en su casa y pudo verlo á la hora de levantarse.

—Buenos días, mi querido Héctor—le dijo aquel bueno y eminente capitán.—¿Qué tiene usted? parece preocupado. Sin embargo, la sesión ya ha pasado. Un apuro menos. Ahora yo hablo de las sesiones como hablaba antes de nuestras campañas. Por supuesto, no tiene nada de particular, porque los periódicos también llaman campañas á las sesiones.

—En efecto, mariscal, se pasan algunos apuros; pero es la miseria del tiempo—dijo Hulot.—¿Qué quiere usted? el mundo está hecho de este modo. Cada época tiene sus inconvenientes. La mayor desgracia del año 1841 estriba en que ni la corona ni los ministros son libres de obrar como lo era el emperador.

El mariscal dirigió á Hulot una de esas miradas de águila cuya lucidez y perspicacia demostraban que, á pesar de los años, aquella alma seguía siendo firme y vigorosa.

—¿Quieres algo de mí?—le preguntó.

—Como un favor personal, me encuentro en la necesidad de pedirle el ascenso de uno de mis subjesos para el grado de jefe de negociado y su promoción para el grado de oficial de la Legión de honor.

—¿Cómo se llama?—dijo el mariscal dirigiendo al barón una mirada que fué como un rayo.

—Marneffe.

—Tiene una mujer bonita, sí, la vi en el matrimonio de tu

hija... Si Roger... pero Roger ya no está aquí... Héctor, hijo mío, se trata de tu placer. ¡Cómo! ¿aun te das esos gustos? ¡Ah! ¡diablo! honras á la guardia imperial. Claro, como has pertenecido á la intendencia, tienes recursos. Mira, hijo mío, deja estar ese asunto, que es demasiado galante para ser administrativo.

—No, mariscal, es un mal asunto, pues se trata de mi procesamiento. ¿Quiere usted verme procesado?

—¡Ah, diantre!—exclamó el mariscal poniéndose pensativo.—Continúa.

—Pero ¿no me ve usted en la misma actitud de un zorro que ha sido cogido en un lazo? Usted ha sido siempre tan bueno para mí, que se dignará sacarme de la vergonzosa situación en que me encuentro.

Hulot contó de la manera más alegre y más ocurrente que supo el percance que le había ocurrido.

—Príncipe, ¿quiere usted ver morir de pena á un hermano, á quien tanto quiere, y permitir que se deshonne uno de sus directores, un Consejero de Estado? Ese Marneffe es un miserable, y dentro de dos ó tres años le daremos el retiro.

—Amigo mío, ¿cómo hablas tú de dentro de dos ó tres años!—dijo el mariscal.

—Pero, príncipe, la guardia imperial es inmortal.

—Mira, yo soy ahora el último mariscal de la primera promoción—dijo el ministro.—Escucha, Héctor, tú no sabes lo mucho que te quiero, y ahora vas á verlo, y el día que yo deje el Ministerio, lo dejaremos juntos. ¡Ah! amigo mío, tú no eres diputado, hay muchos que pretenden tu plaza, y á no ser por mí ya no la ocuparías. Sí, he roto muchas lanzas para sostenerte... Mira, te concedo tus dos peticiones, porque sería muy duro verte sentado en el banquillo á tu edad en la posición que ocupas. Pero, amigo mío, estás haciendo demasiadas brechas á tu crédito. Si este nombramiento da lugar á rumores, nos criticarán. Por mi parte, me importa poco, pero á ti puede perjudicarte, y en ese caso, en la próxima sesión te echarán. Tu herencia es ofrecida como cebo á cinco ó seis personas influyentes, y si sigues ocupando el cargo, es gracias á mis razonamientos. Dije yo que el día en que tú te retires y tu plaza sea adjudicada, tendremos cinco descontentos y uno satisfecho, mientras que apoyándote por espacio de cinco ó seis años, contaríamos con seis votos. Al

oírme se echaron á reír en el consejo y me dijeron que yo empezaba á ser muy entendido en táctica parlamentaria. Te hablo con franqueza. Pero ¡qué feliz eres pudiendo verte aún en semejantes apuros! ¿dónde está el tiempo en que el subteniente Cottin tenía queridas?

El mariscal llamó.

—Es preciso anular ese proceso—añadió.

—Monseñor, obra usted como un padre y yo no me atreva á hablarle de mi ansiedad.

—Quiero que Roger esté aquí siempre—exclamó el mariscal al ver á su ordenanza Mitouflet,—é iba á hacer que le llamasen. Váyase usted, Mitouflet, y tú, amigo mío, vete á preparar ese nombramiento, que yo lo firmaré. Pero ese infame intrigante no gozará mucho del fruto de sus crímenes; será vigilado y á la menor falta quedará sustituido. Conque ahora que ya estás salvado, Héctor mío, procura no reincidir. Esta misma mañana te enviaré el nombramiento y ese sujeto será oficial. ¿Qué edad tienes ahora?

—Dentro de tres meses cumpliré setenta años.

—¡Y qué fuerte estás!—dijo el mariscal sonriéndose;—tú sí que merecías un ascenso; pero por desgracia no estamos en tiempo de Luis XV.

Tal es el efecto del compañerismo que une entre sí á los gloriosos restos de la falange napoleónica, los cuales, creyendo seguir en el vivac, se consideran obligados á protegerse.

—Un favor más de este género y estoy perdido—se dijo Hulot al atravesar el patio.

El desgraciado funcionario se fué á casa del barón de Nucingen, al que sólo debía una suma insignificante, y logró que le diese cuarenta mil francos, empeñando su paga por dos años más; pero el barón estipuló que, en el caso que el barón se retirase, su retiro quedaría embargado hasta el completo reembolso del capital y de los intereses. Este nuevo negocio fué hecho, lo mismo que el primero, á nombre de Vauvinet, á quien el barón Hulot suscribió letras por valor de doce mil francos. Al día siguiente, el fatal proceso, la demanda del marido, las cartas, todo fué destruido, y los escandalosos ascensos del señor Marneffe, que pasaron casi desapercibidos en medio de las fiestas de Julio, no dieron lugar á ningún artículo de periódico.

CAPÍTULO XXVIII

Una libertina sublime

Isabel, malquistada en apariencia con la señora Marneffe, se instaló en casa del mariscal Hulot. Días después de estos acontecimientos, se publicó la primera proclama del casamiento de la solterona con el ilustre anciano, á quien Adelina contó la catástrofe financiera ocurrida á su Héctor para obtener su consentimiento, rogándole que no le hablase nunca de ella al barón, el cual, según ella, estaba abatido, sombrío, anonadado.

—¡Ay de mí! ya empieza á tener sus años—añadió.

Isabel triunfaba pues, iba á lograr el objeto de su ambición; iba á ver su plan realizado y su odio satisfecho, gozaba de antemano de la dicha de reinar sobre la familia que tanto tiempo la había despreciado, se prometía ser la protectora de sus protectores, el ángel salvador que sustentaría á la familia arruinada, y se llamaba á sí misma *señora condesa* y *señora mariscal*, saludándose en el espejo. Adelina y Hortensia acabarían su vida en la angustia, luchando con la miseria, mientras que la prima Bel, admitida en las Tullerías, imperaría en el mundo.

Un acontecimiento terrible derribó á la solterona de la cima social que con tanta altivez creía llegar á ocupar.

El día mismo en que se publicó la primera proclama, el barón recibió un mensaje de Africa. Se le presentó un segundo alsaciano, entregó una carta después de cerciorarse de que se la daba al barón Hulot, y dejándole la dirección de su domicilio, se retiró. El elevado funcionario pareció herido por un rayo al leer las primeras líneas de esta carta.

«Sobrino mío: Según mis cálculos, recibirá usted esta carta el siete de agosto. Suponiendo que emplee usted tres días en enviarnos los auxilios que reclamamos y que el emisor eche quince días en llegar aquí, los recibiremos á primeros de septiembre.

»Si las acciones responden á estas hipótesis, habrá usted salvado el honor y la vida de Johan Fischer.

»He aquí lo que pide el empleado que usted me dió por

cómplice, pues al parecer yo estoy expuesto á comparecer ante la audiencia ó ante un consejo de guerra. Ya comprenderá usted que nunca llevarán á Johan Fischer ante un tribunal, sino que él mismo comparecerá de grado ante el tribunal de Dios.

»El empleado en cuestión me parece un mal sujeto muy capaz de comprometerle; pero es inteligente como un bribón y pretende que debe usted gritar más fuerte que nadie y enviarnos un inspector ó un comisario especial encargado de descubrir á los culpables y de buscar los abusos, interponiéndose entre los tribunales y nosotros para provocar un conflicto.

»Si su comisario llega aquí el día primero de septiembre y trae noticias suyas, y si nos envía usted doscientos mil francos para reponer en el almacén las cantidades que decimos tener en distintas localidades, seremos considerados como funcionarios puros y sin mancha.

»Puede usted confiar al soldado que le entregue esta carta una letra contra alguna casa de Argel. Es un hombre de confianza, un pariente incapaz de querer saber siquiera lo que lleva. He tomado mis medidas para asegurar la vuelta de ese muchacho. Si no puede usted hacer nada, yo moriré gustoso por aquel á quien debemos la dicha de nuestra Adelina.»

Las angustias y los placeres de la pasión, y la catástrofe que acababa de poner fin á su carrera de galante, impidieron al barón pensar en el pobre Johan Fischer, cuya primera carta amenazaba que el peligro empezaba á hacerse inminente. El barón salió del comedor en un estado tal de azoramiento, que se dejó caer sobre un sofá del salón. Estaba anonadado, sumido en la desesperación que causa una caída violenta, y miraba fijamente una rosa de la alfombra sin notar que tenía en la mano la fatal carta de Johan. Adelina oyó desde su cuarto el ruido que hizo su marido al dejarse caer sobre el sofá. Aquel ruido fué tan extraño, que creyó en algún ataque de apoplejía, miró en el espejo por la puerta con ese miedo que corta la respiración y que hace permanecer inmóvil, y vió á su Héctor en esa postura propia de un hombre aterrado. Yendo de puntillas de modo que el barón no pudiese oírle, la baronesa pudo aproximarse, vió la carta, la tomó, la leyó, tembló de pies á cabeza y sintió una de esas revoluciones nerviosas tan violentas, que dejan huellas eter-

nas en el cuerpo. Algunos días después, quedó sujeta á un temblor continuo, pues pasado aquel primer momento, la necesidad de obrar le prestó esa fuerza que sólo se adquiere en los manantiales mismos del poder vital.

—Héctor, ven á mi cuarto; que no te vea tu hija de ese modo; ven, amigo mío, ven—le dijo Adelina con una voz que parecía un soplo.

—¿Dónde encontrar doscientos mil francos? ¡Oh! yo podría obtener el nombramiento de Claudio Vignon, que es un muchacho listo é inteligente. Es cuestión de dos días. Pero mi hijo no tiene doscientos mil francos y su casa está ya grabada con trescientos mil de hipotecas. Mi hermano tiene á lo más treinta mil francos de economías. Nucingen se burlaría de mí. Vauvinet casi se resistía á darme los diez mil francos para completar la suma que yo dí por el hijo del infame Marneffe. No, no hay más remedio, tengo que ir á arrojarle á los pies del mariscal, á confesarle el estado de las cosas, á oír que me llame canalla y á aceptar su riña á fin de salir del apuro.

—Pero, Héctor, eso no es sólo la ruina, sino también la deshonra—dijo Adelina.—Mi pobre tío se matará. Tú tienes derecho á matarnos á nosotros, pero no te conviertas en un asesino. Anímate, que aun hay solución.

—Ninguna—dijo el barón.—En el gobierno nadie puede encontrar doscientos mil francos, aun cuando se tratase de salvar un ministerio. ¡Oh! ¿dónde está Napoleón?

—¡Mi tío, pobre hombre! Héctor, nosotros no podemos permitir que se mate deshonrado.

—Sólo hay un recurso, pero es poco probable, porque Crevel no está muy bien con su hija. ¡Ah! él tiene mucho dinero y es el único que podría...

—Mira Héctor, vale más que perezca tu mujer, que mi tío, tu hermano y el honor de la familia—dijo la baronesa animada por una idea luminosa.—Sí, yo puedo salvaros á todos.—Sí, Dios mío, ¡qué pensamiento más innoble! ¿Cómo ha podido ocurrírseme?

Y se cruzó de manos, cayó de rodillas y pronunció una plegaria. Al levantarse vió en la cara de su marido una expresión de goce tan vivo, que el pensamiento diabólico volvió á ocurrírsele á Adelina sumiéndola entonces en una tristeza de idiota.

—Anda, amigo mío, corre al Ministerio y procura enviar

á Argel un comisario; es preciso. *Engatusa* al mariscal, y cuando vuelvas á las cinco, tal vez encuentres, sí, encontrarás los doscientos mil francos. Tu familia, tu honor de hombre, de consejero de Estado y de administrador, tu probidad, tu hijo, todo quedará salvado; pero tu Adelina quedará perdida y ya no la verás nunca más. Héctor, amigo mío, échame la bendición, dime adiós—dijo arrodillándose, estrechándole las manos y besándose las.

Aquello fué tan desgarrador, que al tomar á su mujer para levantarla y abrazarla, Hulot le dijo:

—No te comprendo.

—Si me comprendieses, morirías de vergüenza ó me faltaría á mi fuerza para realizar este último sacrificio.

—Señora, la mesa está puesta—fué á decirle Marieta.

Hortensia fué á saludar á su padre y á su madre. Estos tenían que ir á almorzar, viéndose obligados á ostentar rostros risueños, aunque no fuesen sinceros.

—Vayan ustedes almorzando, que yo iré en seguida—dijo la baronesa.

Una vez sola, Adelina se sentó ante una mesa y escribió la siguiente carta:

«Mi querido señor Crevel: Tengo que pedirle un favor; le espero esta mañana y cuento con su reconocida galantería para que no haga esperar demasiado tiempo á su afectísima servidora,

» ADELINA HULOT.»

—Luisa—le dijo á la camarera de su hija,—dele esta carta al portero y dígale que la lleve á su destino y que espere contestación.

El baron, que leía los periódicos, tendió á su mujer un diario republicano señalándole un artículo y diciéndole:

—¡Estaremos aún á tiempo?

He aquí el artículo á que se refería el barón:

«Uno de nuestros corresponsales nos escribe desde Argel diciéndonos que se han descubierto tales abusos en el servicio de víveres de la provincia de Orán, que ha tenido que intervenir la justicia. Las malversaciones son evidentes y los culpables son conocidos. Si la reprensión no es severa, continuaremos perdiendo más hombres á causa de las concusiones que se hacen con sus alimentos, que del hierro de los

árabes y lo insano del clima. Esperamos nuevos informes antes de decir nada más de este asunto.

No nos asombra ya el temor que causa el establecimiento de la prensa en Argel.»

—Voy á vestirme para ir al Ministerio, porque el tiempo urge y un minuto perdido puede quitar la vida á un hombre—dijo el barón levantándose de la mesa.

—¡Oh! mamá, ya no tengo esperanza—dijo Hortensia.

Y sin poder contener las lágrimas, tendió á su madre una revista de bellas artes. La señora Hulot vió un grabado del grupo de Dalila por el conde de Steimbock, y debajo de éste se leía: *Perteneciente á la señora Marneffe*. Desde las primeras líneas, el artículo, que llevaba por firma una V, revelaba el talento y la complacencia de Claudio Vignon.

—¡Pobrecilla!—dijo la baronesa.

Asustada del acento casi indiferente de su madre, Hortensia la miró, reconoció la expresión de un dolor junto al cual el suyo no era nada, y yendo á abrazarla, le dijo:

—¿Qué tienes, mamá? ¿qué ocurre? Podemos ser más desgraciados de lo que somos?

—Hija mía, en comparación de lo que sufro hoy, me parece que mis horribles penas no son nada. ¿Cuándo dejaré de sufrir?

—¡En el cielo, mamá!—dijo gravemente Hortensia.

—Ven, ángel mío, me ayudarás á vestirme... Pero, no, no quiero que tú te ocupes de esto. Enviame á Luisa.

Una vez en su cuarto, Adelina empezó á mirarse al espejo. Contemplándose triste y curiosamente, se preguntó:

—¿Soy hermosa aun? ¿puedo ser deseada? ¿tengo arrugas?

Después, levantándose sus hermosos cabellos rubios, se descubrió las sienes. Todo era fresco en ella como en una joven Adelina fué más lejos. Se descubrió los hombros, y como quedase satisfecha del examen, hizo un movimiento de orgullo. La belleza de los hombros que son hermosos es lo último que pierde la mujer, sobre todo cuando su vida ha sido pura. Adelina escogió con cuidado los elementos de su tocado; pero la mujer piadosa y casta quedó castamente vestida, á pesar de sus pequeñas coqueterías. ¿Para qué medias de seda grises completamente nuevas, zapatos de satén con tacón alto, cuando ignoraba por completo el arte de sacar en el momento decisivo un pie bonito haciéndole sobresalir algunas líneas de una falda medio levantada para abrir hori-

zontes al deseo? Se puso, sí, su traje más bonito de muselina escotado y con mangas cortas; pero asustada de sus desnudeces, cubrió sus hermosos brazos con una gasa clara, y tapó sus hombros y su pecho con una mantelita bordada. Su peinado á la inglesa le pareció ser demasiado significativo y procuró ocultarlo, en parte, con un bonito gorro. La certidumbre de su criminalidad, los preparativos de una falta deliberada, causaron á aquella santa mujer una violenta fiebre que le comunicó momentáneamente todo el esplendor de la juventud. Sus ojos brillaron, su tez resplandeció. En lugar de afectar un aire seductor, Adelina notó que tenía una actitud desvergonzada que le causó horror. A instancias de la baronesa, Isabel había contado las circunstancias de la infidelidad de Wenceslao, y entonces aquélla supo con gran asombro que en una sola noche, en un momento, la señora Marneffe se había hecho dueña del enamorado artista.

—¿Cómo hacen esas mujeres?—había preguntado la baronesa á Isabel.

No hay nada que iguale á la curiosidad de las mujeres virtuosas respecto á este punto, las cuales quisieran poseer las seducciones del vicio y permanecer puras.

—Lo que hacen esas mujeres es seducir, que es su profesión—había respondido la prima Bel.—Mira, querida, aquella noche Valeria era capaz de tentar á un ángel.

—Cuéntame cómo se las compone.

—En este oficio no hay teoría, sólo vale la práctica,—había dicho Isabel burlonamente.

Recordando esta conversación, la baronesa hubiera querido consultar á la prima Bel; pero no había tiempo. La pobre Adelina, incapaz de intentar nada incitante y lascivo que pudiese resucitar en los hombres deseos amortiguados, no hizo más que vestirse con cuidado. No toda la que quiere ser libertina. «La mujer es el potaje del hombre», ha dicho jocosamente Molière por boca del juicioso Gros-René. Esta comparación supone en el amor una especie de ciencia culinaria, en cuyo caso la mujer virtuosa y digna resultaría ser la comida homérica, la carne arrojada sobre las ascuas. Por el contrario, la libertina sería el plato exquisito con sus condimentos y sus especias. La baronesa no podía, no sabía servir su blanco pecho en una magnífica fuente en competencia con la señora Marneffe: ignoraba el secreto de ciertas actitudes, el efecto de ciertas miradas; en una palabra, que no

poseía el arte, y aunque se hubiera muerto cien veces, nunca habría sabido presentarse apetitosa á los ojos de un libertino. Ser mujer honrada y gazmoña para el mundo, y convertirse en libertina para su marido, es ser una mujer de genio, y de éstas hay pocas. Aquí está el secreto de esos grandes cariños inexplicables para las mujeres que carecen de estas dobles y magníficas facultades. Suponed á la señora Marneffe virtuosa, y tendréis una idea de la marquesa de Pescaire. Estas grandes é ilustres mujeres, estas hermosas Dianas de Poitiers virtuosas, son contadas.

La escena con que comienza este serio y terrible estudio de las costumbres parisienses, iba, pues, á reproducirse, con la diferencia de que las miserias profetizadas por el capitán de milicianos habían cambiado los papeles. La señora de Hulot esperaba á Crevel con la misma intención con que éste iba tres años antes repantigado en su coche haciendo sonreír á las parisienses. En fin, cosa rara, la baronesa era fiel á su amor y á sí misma al entregarse á la más grosera de las infidelidades, según el parecer de ciertos jueces.

—¿Cómo hacer para ser una señora Marneffe?—se dijo Adelina al oír que llamaban.

La pobre y noble criatura reprimió sus lágrimas, se prometió ser muy libertina, y entonces la fiebre animó sus facciones.

—¿Qué diablos me querrá esa buena baronesa Hulot?—se decía Crevel al mismo tiempo que subía la escalera.—¡Bah! querrá hablarme de mi disputa con Celestina y Victorino.

Al entrar en el salón acompañado de Luisa, se dijo al ver la desnudez del local (estilo Crevel):

—¡Pobre mujer! hela aquí como uno de esos hermosos cuadros abandonados en el desván por un hombre que no entiende en pinturas.

Crevel, que veía al ministro Popinot comprando cuadros y estatuas, quería hacerse célebre entre los Mecenas parisienses, cuyo amor por las artes consiste en adquirir por cinco francos las monedas de veinte. Adelina le sonrió graciosamente á Crevel y le señaló una silla.

—Aquí me tiene usted á sus órdenes, hermosa señora—dijo Crevel.

El señor alcalde, convertido en político, había adoptado la ropa negra, y su cara parecía sobre sus hombros lo que una luna llena sobre un trono de nubes negras. Su camisa,

abrochada con perlas de quinientos francos cada una, daba una idea clara de sus capacidades torácicas. Sus manos anchas y vastas iban enguantadas desde por la mañana, y sus lustradas botas acusaban la existencia del cochecito con un caballo en que había ido. Hacía tres años que la ambición había modificado las posturas de Crevel. Al igual que los grandes pintores, estaba en su segundo período. En el gran mundo, cuando iba á casa del príncipe de Wisembourg, á la prefectura, á casa del conde Popinot, etc., conservaba el sombrero en la mano de una manera desenvuelta que Valeria le había enseñado, y se metía el pulgar de la otra mano en la escotadura de su chaleco en actitud coquetona, haciendo carantoñas de la cabeza á los pies. Esta postura era debida á la burlona Valeria, la cual, so pretexto de rejuvenecer á su alcalde, le había hecho adquirir esta nueva ridiculez.

—Mi bueno y querido señor Crevel—dijo la baronesa con voz turbada,—le he mandado llamar para un asunto de la mayor importancia.

—Lo adivino, señora—dijo Crevel,—pero me pide usted lo imposible. ¡Oh! y no es que yo sea un padre bárbaro, un hombre entregado á la avaricia. Escúcheme usted, hermosa señora. Si mis hijos se arruinasen por ellos, yo les ayudaría; pero, señora, responder por su marido es querer llenar el tonel de las danaides. ¡Una casa hipotecada en trescientos mil francos por un padre incorregible! Los pobres no tienen nada, no se han divertido tampoco, y ahora tendrán que vivir con lo que gane Victorino en la Audiencia. Que se arregle su señor hijo. ¡Ah! ese doctorcito, que era nuestra esperanza, debía ser ministro; pero lleva detrás una mala carga. Si se empeñase por medrar, si necesitase dinero para obtener votos y aumentar su influencia, yo le diría: «Aquí tienes un bolsillo, toma lo que quieras, amigo mío.» Pero ¡pagar las locuras del papá, locuras que yo había previsto! ¡Ah! su padre le ha perjudicado mucho, y creo que aun seré yo ministro antes que Victorino.

—¡Ay de mí querido Crevel, no se trata de nuestros pobres hijos... Si su corazón se cierra para Victorino y Celestina, yo los amaré tanto, que tal vez podré endulzar la amargura que les causa la cólera de usted. Castiga usted á sus hijos por cometer una buena acción.

—Sí, una buena acción mal hecha, un semicrimen—dijo Crevel satisfecho de esta palabra.

—Mi querido Crevel—repuso la baronesa,—hacer el bien no es tomar dinero de un bolsillo que rebosa, sino que es sufrir privaciones á causa de la generosidad; hacer favores contando con la ingratitud, sufrir para hacer beneficios. La caridad que no cuesta nada no llega al cielo.

—Señora, les es permitido á los santos ir al hospital, porque saben que esto es para ellos la puerta del cielo; pero yo soy un mundano, temo á Dios y temo aún más el infierno de la miseria. Estar sin un céntimo es el último grado de la desgracia en nuestro actual orden social. Yo soy de mi tiempo y honro al dinero.

—Desde el punto de vista del mundo tiene usted razón—dijo Adelina.

La pobre se hallaba á cien leguas de distancia de lo que decía Crevel, y se sentía, como san Lorenzo, sobre unas parrillas al pensar en su tío y verle disparándose un pistoletazo. Adelina bajó los ojos y después los fijó en Crevel con angelical dulzura, y no con aquella provocadora lujuria propia de Valeria. Tres años antes, hubiese fascinado á Crevel con aquella adorable mirada.

—Yo le he conocido á usted más generoso hablando de trescientos mil francos como un gran señor—dijo Adelina.

Crevel miró á la señora Hulot y sintió vagas sospechas acerca de su actitud; pero honraba tanto á aquella santa criatura, que no se atrevió á manifestar sus ideas.

—Señora, yo soy siempre el mismo, pero un antiguo negociante debe tener orden ante todo y ser gran señor con método, con economía. Se abre una cuenta á los caprichos y se consagra á este capítulo ciertos beneficios, pero sin tocar el capital, pues tocarlo sería una locura. Mis hijos tendrán todos los bienes míos y los de su madre, pero supongo que no querrán que su padre se sacrifique. Mi vida es alegre, yo voy descendiendo el río sin penas, y cumplo todos los deberes que me imponen la ley, el corazón y la familia, como pagaba escrupulosamente mis letras á su vencimiento. Que mis hijos obren como yo en su hogar, y estaré contento y respecto al presente, con tal que las locuras que yo hago no cuesten nada á nadie, no tendrán nada que reprocharme y á mi muerte aun encontrarán una hermosa fortuna. Los hijos de usted no pueden decir otro tanto de su padre, el cual calaverea y anda por ahí arruinando á su hijo y á mi hija.

Cuanto más hablaba, más se alejaba la baronesa de su objeto.

—Mi querido Crevel, veo que quiere usted mal á mi marido, y sin embargo sería usted su mejor amigo si su mujer hubiese sido débil.

Esto diciendo, Adelina dirigió á Crevel una ardiente mirada; pero entonces se descubrió demasiado, tanto, que el perfumista se dijo:

—¿Querrá vengarse de Hulot? ¿Le gustaré más vestido de alcalde que de guardia nacional? ¡Son tan raras las mujeres!

Y esto diciendo, se colocó en su habitual postura, mirando á la baronesa de un modo arrogante.

—Cualquiera diría que toma usted venganza en él de una virtud que le ha opuesto á usted resistencia, de una mujer á la que amaba usted lo bastante para... comprarla—añadió en voz baja.

—De una mujer divina—repuso Crevel sonriendo significativamente á la baronesa, cuyos ojos se humedecieron.—Pero, cuantos malos tragos ha pasado usted en tres años, ¿verdad, hermosa mía?

—Querido Crevel, no hablemos de mis sufrimientos, que son superiores á las fuerzas humanas. ¡Ah! si me amase usted aún, podría sacarme del abismo en que estoy. Sí, estoy en el infierno. Los regicidas á quienes se martirizaba atándolos á la cola de cuatro caballos, estaban sobre rosas comparados conmigo, porque á ellos les despedazaban el cuerpo y yo tengo el corazón lacerado.

Crevel quitó las manos del chaleco, colocó el sombrero sobre un sofá y empezó á sonreír. Su sonrisa fué tan estúpida, que la baronesa la tomó por expresión de bondad.

—Aquí tiene usted una mujer, no desesperada, sino en la agonía del honor y determinada á todo para impedir crímenes.

Adelina, temiendo que Hortensia se presentase, echó el cerrojo á la puerta, y después fué á echarse á los pies de Crevel, le tomó la mano, se la besó y le dijo:

—¡Sea usted mi salvador!

La pobre supuso que había fibras generosas en el corazón de aquel negociante, y abrigó la esperanza de obtener los doscientos mil francos sin deshonorarse.

—Compre un alma, usted que quería comprar una virtud—repuso dirigiéndole una mirada extraviada,—confíe usted

en mi probidad de mujer, en mi honor, cuya solidez ya conoce. Sea usted amigo mío, salve á una familia entera de la ruina, de la vergüenza, de la desesperación; impida que se suma en un lodazal cuyo fango se convertirá en sangre. ¡Oh! no me pida explicaciones—dijo al ver que Crevel se disponía á hablar.—Sobre todo no me diga: «Se lo había predicho», como el que se alegra de una desgracia. Vamos, obedezca á la que usted amaba, á una mujer cuyo rebajamiento es tal vez el colmo de la nobleza. No me pida nada, espérelo todo de mi agradecimiento. No, no me dé nada; pero présteme, préstele á la que llamaba usted su Adelina.

Esto diciendo, las lágrimas brotaron con tal abundancia y sollozó Adelina de tal modo, que mojó los guantes de Crevel. Las palabras: «Necesito doscientos mil francos», apenas pudieron oírse en medio del llanto, del mismo modo que las piedras, por gruesas que sean, pasan desapercibidas en las cascadas.

¡Tal es la inexperiencia de la virtud! Como se ha visto por la señora Marneffe, el vicio no pide nada, sino que prepara las cosas para que se lo ofrezcan todo. Esta clase de mujeres no se vuelven cargantes hasta el momento en que se han hecho indispensables ó cuando se trata de explotar á un hombre como se explota una carrera. Al oír las palabras «doscientos mil francos», Crevel lo comprendió todo y levantó galantemente á la baronesa, diciéndole esta insolente frase, que Adelina no oyó en medio de su extravío:

—Vamos, madrecita mía, no hay que apurarse.

La escena cambiaba de aspecto, y, según había anunciado Crevel, él pasaba á ser el dueño de la situación.

CAPÍTULO XXIX

Fin de la vida y de las opiniones de Celestino Crevel

La enormidad de la suma impresionó de tal modo á Crevel, que se disipó la viva emoción que había sentido al ver llorando á sus pies á Adelina. Además, por angelical y santa que sea una mujer, cuando llora á lágrima viva, su belleza desaparece. Como se ha visto ya, las señoras Marneffe lloriquean á veces y dejan que una lágrima se deslice á través